

El escritor hace notar, tratando de Atenas, que Solon, este prototipo de reformadores prudentes y discretos que llevó á cabo aquella célebre reforma tan trascendental bajo el aspecto social y bajo el político, confirió al pueblo el poder de elegir los magistrados y la facultad de exigirles responsabilidad; derechos, dice Aristóteles, que no pueden quitarse al pueblo sin degradarle hasta hacerle esclavo ó sin convertirlo en enemigo. Nota hasta qué punto en la democracia ateniense eran todos iguales, y que era directo el gobierno, pues las asambleas lo discutían todo, sin exceptuar los asuntos internacionales; y recuerda, al ocuparse de la caída de los treinta tiranos, que si los oligarcas habían sido rapaces, sanguinarios é injustos, la democracia restaurada con noble moderación protegió á sus enemigos con una amnistía. Recuerda luego que Pericles decía, que los atenienses tenían dos grandes cualidades: gran resolución para ejecutar, y antes plena libertad para debatir; y explica el importante papel que hace Atenas en la historia de Grecia, diciendo con Macaulay, «que el ateniense podía conversar todas las mañanas con Sócrates y oír cuatro ó cinco veces cada mes á Pericles; veía las comedias de Sófocles y Aristófanes, se paseaba entre las esculturas de Fidias y las pinturas de Zeuxis; se sabía de memoria las canciones de Esquilo, oía recitar en las calles las hazañas de Aquiles ó la muerte de Argos; era legislador, discutía las cuestiones internacionales, de guerra, de impuestos, etc.; era soldado bajo una